

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO II--NÚM. 19
Director: LIC. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, NOVIEMBRE 4 DE 1900.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem idem en la Capital, 1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS.



Illmo. Sr. Dr. D. Perfecto Amézquita, Obispo de Puebla,
† el día 27 de Octubre de 1900.

EL INTESTINO DEL LEVIATHAN.

Con ese rubro, en sus "Miserables," Víctor Hugo hace una descripción magistral, como todas las suyas, de ese mundo subterráneo, todo de brumas y de sombras, de esa red interior de tubos y canales fangosos y pestilentes que constituyeron en otra época el alcantarillado de París. Verdadero laberinto de Creta, inestricable, derruido, á trechos, interrumpido á veces por lagos de fango ó por tembladeras de arena, tortuoso, al capricho de las curvaturas é inflexiones de la vía pública; negro "como boca de lobo," apenas, de cuando en cuando, medio alumbrado por troneras circulares que brillan en la obscuridad como ojos de buhos en acecho.

Aquello tenía una vida y una tradición, una historia y una leyenda. Aquel vasto resumidero había sido guarida de bandidos, refugio de perseguidos, asilo de miserables. De tiempo en tiempo un cadáver flotando en el fango; eran los restos de algún bribón ó de algún infeliz muerto de hambre en aquellas soledades; un paquete de harapos medio hundidos en el fango, era un recién nacido arrojado al albañal; un destello en un rincón, era una joya perdida; un trapo atorado en una rejilla, el sudario de Marat.

En aquellos albañales había de todo, pero especialmente, de todo lo malo. La construcción envenenada por sus propios miasmas, parecía enfermiza; transpiraba como un tísico, estaba cubierta de manchas como un leproso y de escaras como un gangrenado. Cuartel general de la peste, de ahí salía de cuando en cuando, asolaba París y volvía, como el boa, á dormitar ahito en su tenebroso nido.

Sólo los miserables ó los bandoleros, y á veces la policía en su busca, bajaban á aquel antro. Aquellas tinieblas infectas, aquella atmósfera espesa y envenenada, inspiraban miedo, y fué heroica la empresa de hacer un descenso á ese círculo del infierno y de poner orden en aquel caos. Esa epopeya tuvo sus héroes y sus mártires; muchos ingenieros y muchos obreros murieron asfixiados, sepultados bajo los derrumbes, envenenados por las emanaciones, ahogados, cosa horrible, en aquel fango infecto.

A esos héroes anónimos debe París la conquista de sus albañales, y hoy es un goce, un recreo, una partida de placer, la visita á las atargeas. Ningún turista que se respeta, deja de hacerla. Se va en grupos alegres y bulliciosos como á Asnières, á Robinsón ó á Bougival. Las señoras llevan elegantes sombreros y faldas de seda, los caballeros van á la "canotier" y gabanes color de avellana, y se pueblan de alegres carcajadas y de parloteos sonoros aquellas cavernas antes sombrías y pobladas tan sólo de rumores siniestros y de eccs pavorosos.

Las galerías, vastas como naves de templo, estucadas, revestidas de cemento de Portland, prolongan hasta perderse de vista sus curvas armoniosas; cordones de lámparas incandescentes salpicadas aquí y allá de deslumbrantes luces de arco, inundan de claridad todo el recinto; convoyes de barcas movidas por electricidad, llevan á los visitantes y se navega en aguas, tanto ó más limpias que las del Gran Canal. Aquello es una fiesta veneciana.

Placas esmaltadas de azul con letras blancas, indican los nombres de las calles, de las plazas y avenidas, bajo las cuales se circula; se oye arriba el sordo rumor de los carruajes y tranvías que pasan, y atenuado, el zumbido continuo de la gran colmena. En un momento dado se navega entre un ferrocarril, que pasa encima y el Metropolitano que circula abajo.

Siguiendo el arranque de la bóveda, á todo lo largo de las galerías, corren dos tuberías monstruosas. á la derecha la del agua del Sena, para el riego de las calles, para el lavado, etc., y á la izquierda la del agua de manantial, potable. Corren también paralelamente á ellas haces de cables telefónicos y de hilos telegráficos; los tubos de aire de los relojes neumáticos; la tubería de aire comprimido para transmisión de fuerza motriz; todo rotulado, numerado, marcado como mercancías en almacén ó como documentos de archivo. Las tomas de agua están etiquetadas é indican el edificio á que corresponden; grandes arcas rebajadas y cerradas con

compuertas, son los desagües suplementarios para la época de las grandes lluvias. El desarrollo de las galerías es de mil kilómetros; la distancia de París á Madrid.

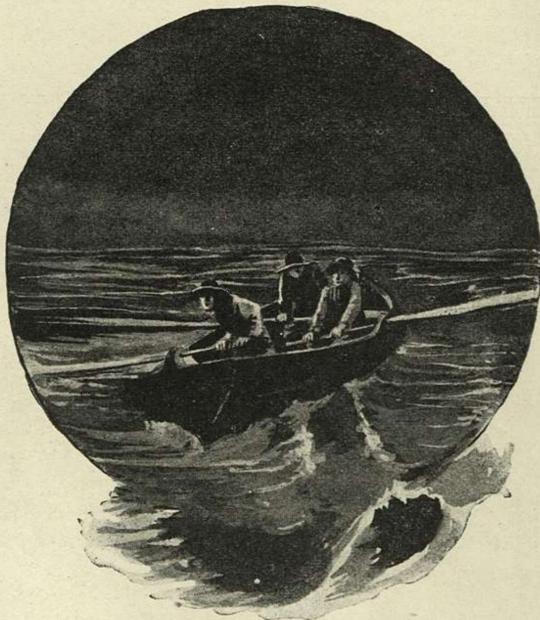
Después de media legua de paseo en barca, los viajeros transbordan a un ferrocarril eléctrico, y continúa la excursión durante media legua, aún tan interesante y curiosa como al principio. Luz, agua limpia, aire respirable y puro, temperatura tibia, todo esto en el albañal de una ciudad populosa como París, es pura y simplemente un prodigio que no tardaremos en realizar en México.

Expulsar los miasmas, hacer tocar retirada á la peste, aprovechar la atargea para canalizar el agua y la fuerza, transformar en laboratorio de vida y de actividad lo que era depósito y foco de descomposición y de muerte, tal es la obra colosal que se ha realizado en los albañales de París.

Y no es eso todo; aquellas aguas que pasan de un lado al otro del Sena, á través de enormes sifones, van después, impregnadas de abono, á vivificar los campos circunvecinos y á fertilizar los sembrados. Lo que en la cloaca era podredumbre, se transforma, en la campiña, en alimento; el genio humano hace de la muerte vida, del cieno frutas, del miasma perfumes y del lodo flores. El sol, la nube, la tierra, la atmósfera, colaboran á esa misteriosa transformación; con el humor que se segrega y la basura que se tira se "fabrican," tal puede decirse, el pan que nutre y la rosa que embalsama, realizándose así el ensueño de Víctor Hugo, que deploraba los cientos de millones que de los albañales de París iban á perderse infecundos en el mar, y que quería ver convertidos al bien del desvalido.

La civilización omnipotente, juega esas burlas al destino; con las miserias humanas, forja sus grandezas; recoge la mies humana, riega con ella un valle, y á poco, cosecha la espiga de trigo para el hambriento ó el ramillete de flores para el poeta.

Dr. M. Moros



Á MEDIA NOCHE.

Báte el remo con golpe soñoliento los cristales purísimos del lago; en el ramaje misterioso y vago cuelga su lira el perezoso viento.

Besa el río callado y macilento las dormidas riberas con halago, y la fronda confusa ofrece en pago desmayado dosel á su elemento.

Todo duerme; los astros que declinan, los torrentes, las selvas, las cascadas, los mares que en las playas se reclinan,

¡Y allá sobre las tumbas olvidadas, los sauces melancólicos se inclinan dando extrañas y lentas cabezadas!



LAS BODAS DEL MAR.

Ya acudes á tu cita misteriosa con el inquieto mar, luna constante, y asoma por las playas de Levante, hostia de luz, tu cara milagrosa.

En la onda azul, cual nacarada rosa se abre tu seno con pasión de amante, y dibuja un reguero rutilante tu pie sobre la espuma en que se posa.

El agua, como un tálamo amoroso, te ofrece sus cristales movedizos donde tiendes tu cuerpo luminoso.

Y al ostentar desnuda tus hechizos, el mar, en un abrazo tembloroso, columpia el haz de tus flotantes rizos.



¡Allá van en tropel! Son las livianas hojas con que tejó la primavera su delicada túnica ligera donde estampó el Abril flores tempranas.

En espirales débiles y vanas van bailando su danza lastimera, y parecen llevar en su carrera ayes de enfermo y dobles de campanas.

Como las hojas por la tierra inerte van bailando camino de la muerte buscando su sepulcro en lontananza.

La humanidad revuelta y confundida baila también, huyendo de la vida, hacia la tumba su grotesca danza.

Salvador Rueda.

BOCETO.

Huye la noche. En el cedral umbroso desgrana el dulce mirlo sus cantares, y en los hondos y escuetos platanares vierte el Alba su effluvio luminoso.

Como el velo de un ángel, vaporoso girón de niebla envuelve los aduares, y rompen en la sierra los pinares en un himno salvaje y estruendoso.

La luz, que apenas surge, el inviolado pico de intactos hielos baña y dora con incierto fulgor; hierve en el prado la savia, de la mies generadora, y al céfiro lascivo y perfumado descubre el seno la sonriente Aurora!

José Gómez Ugarte.

LOS DOS HUÉSPEDES.

Carta de una Vandiana.

Desde que la ciudad fué tomada, M. Henry se estableció en nuestra casa. Se perseguía á los fugitivos, hasta las puertas de Niort; en las calles los Marsellese, arrojaban sus armas y se rendían. Ya era de noche, y sin embargo, no cesaban de traer prisioneros á nuestra sala baja. M. Henry les gritó con su bella clemencia de vencedor: ¡Abajo las armas! ¡No se os hará mal! Se desarmaron los azules y se les dejó libres. Yo no pude menos de hacer notar al joven jefe, esa impru-



dencia en dejar vagar por los arrabales á miles de patanes, mientras que sus guardias, creyendo su objeto terminado, no pensaban sino en retirarse cada uno á su alojamiento.

—Vos tenéis aquí, enemigos encarnizados, le dije. Yo mismo he oído á un subteniente de Marsella, llamado Ripard, jurar que si no os mataba en el campo de batalla, os asesinaría después, del modo que pudiese.

Mis palabras pusieron sombría la frente del joven jefe, su mirada sencilla de niño tuvo una especie de admiración como si preguntase: "¿Por qué me odia Ripard?" Después sacudió ese pensamiento con un ligero movimiento de hombros, y ordenó dejar libres á los últimos prisioneros, añadiendo:

—Es preciso que nosotros probemos á todos estos miserables, que hay más humanidad en nuestra alma que en la suya.

Terminaba apenas de hablar, cuando un tumulto se produjo en el umbral de la puerta y tres soldados vandianos, presentaron en la sala á un hombre, con el pelo en desorden, los ojos inyectados de sangre, y el rostro descompuesto y convulso por el odio.

—Se acaba de coger á éste bandido con las armas en la mano,—dijo uno de los soldados,—la vida, la libertad. se le habían concedido, se alejó y después volvió á corta distancia y disparó un tiro sobre uno de sus libertadores. Nosotros le hemos arrancado la pistola, hela aquí.

Y uno de los guardias puso el arma sobre la mesa.

—A la prisión,—dijo M. Henry.

Después reprimiéndose, volvió hacia el prisionero.

—¿Tu nombre?—le dijo:

Y el otro, lanzándole una mirada maligna, contestó:

—¡Ten cuidado! Este nombre va á causarte miedo, me llamo Ripard.

Yo me estremecí.

M. Henry no se inmutó. Fijó sus ojos en el marsellés y le dijo sencillamente:

—Y bien, Ripard, estás libre. ¡Vete!

—No; yo me quedo—replicó el hombre—desconfiado, conozco la trampa, desarmado, no habré franqueado el umbral de la puerta, cuando tus bandidos me habrán asesinado.

M. Henry le designó el arma depositada sobre la mesa:

—Yo no tengo sino una palabra, por lo demás hé aquí tu defensa: toma tu pistola.

El marsellés rió burlonamente.

—¿Sabes que está cargada?

Por toda respuesta M. Henry tomó la pistola y la tendió á Ripard, quien la deslizó en su cinturón. Después, envolviendo de nuevo al joven vandeano en su mirada rencorosa, refunfuñó:

—¿Dónde quieres que vaya? Las casas reboan de gente, los lechos y la paja faltan, el campo no está seguro; si tú me temes mátame, pero estoy muy fatigado y no puedo dar un paso más.

—Sea,—dijo M. Henry.—Hay capitulación, no estamos en guerra. Si no tienes á dónde ir, dormirás aquí.

Yo temblé á la idea de albergar á un huésped tan peligroso. Encontraba mil objeciones que hacer, hasta afirmar que no había ni una silla que ofrecerle.

—Y bien,—dijo M. Henry,—se acostará en mi pieza, el lecho es grande, dormiremos los dos en él.

La emoción me dejó muda. El hombre nos acechaba, mirando el suelo, con los ojos inyectados de sangre. Hubo un momento de estupor que rompió M. Henry, suplicándome tuviese la bondad de tomar la vela y guiarlo hasta su pieza.

El marsellés tuvo una sonrisa burlona que me dejó helado. Pasé delante y subí los escalones. El corazón me latía, la vela vacilaba en mi mano, una vez en el corredor, abrí la única puerta de la pieza, entré y dejé la luz sobre la chimenea. Yo me retardaba esperando encontrar la ocasión de disuadir en voz baja á nuestro huésped, ó de hacer acostar á uno de sus hombres en la pieza, ó por lo menos desarmar á Ripard; pero sea que M. Henry hubiese olvidado la escena de la pistola, sea que se hubiese obstinado en su resolución, me cortó la palabra con una despedida sin réplica:

—Buenas noches y hasta mañana; yo no puedo más de fatiga.

Y á fin de obligarme á que me retirara más pronto, comenzó á desvestirse.

Salí trastornada y dejé voluntariamente la puerta entreabierta. Le oí pedir á Ripard, bajo el pretexto de que reposarían más tranquilamente, que cerrase la puerta. La prontitud con que el hombre obedeció, dando doble vuelta de llave á la cerradura, me hizo estremecer. En la angustia horrible que me oprimía, tuve la idea de seguir el corredor que conducía á la pieza, subirme en algún banco, y espiar por una claraboya que había en lo alto de la pared. El pudor me retenía, pero no podía sin embargo resolverme á dejar así á nuestro huésped, entregado á su peor enemigo. Comunicué mis temores á varios soldados vandeanos, alojados también en la casa, participaron de mi inquietud, pero ninguno se atrevió á forzar la consigna, diciendo:

—Cuando M. Henry manda, se hace lo que él quiere.

Decidí á uno de ellos á subir su jergón al corredor, y extenderse junto á la puerta, listo para forzarla al menor ruido alarmante. Me retiré entonces, pero muy poco tranquila, y me arrojé sobre mi lecho sin desvestirme.

Mi insomnio fué cruel, y no pudiendo más, volví al corredor y vi que la claraboya aun estaba iluminada. Aunque la casa permanecía sumergida en un completo silencio, mi ansiedad fué tal, que coloqué el banco contra la pared, me subí y miré dentro de la pieza.

M. Henry estaba acostado, y dormía ó parecía dormir; Ripard había colocado la vela sobre la mesa, cerca de la cabecera de la cama y de pie delante del lecho, inmóvil contemplaba al joven vandeano.

Yo no podía ver la expresión de su rostro, pues me volvía la espalda. Permaneció así algunos minutos, preguntándose quizás si la seriedad de éste semblante tan puro, no sería una astucia, ó afectación. La camisa del joven jefe, abierta, dejaba ver en medio de su pecho desnudo, una cadencia de plata y un escapulario obscuro que se destacaba sobre la deslumbradora blancura de la piel.

M. Henry respiraba lentamente con un aliento calmado y regular, los labios entreabiertos por la semisonrisa de un bello sueño. De pronto noté, que el brazo derecho de Ripard, caído á lo largo de su cuerpo y medio oculto por la sombra de la mesa, se levantaba con una prudente lentitud, y cuando su mano apareció en la luz, ví que tenía la pistola, y que con el dedo sobre el gatillo, la dirigió recta al corazón del dormido.

Me paralicé de horror, mi corazón cesó de latir, un grito de indecible espanto se ahogó en mi garganta. Yo miraba trastornada como en una fascinación impotente de pesadilla. M. Henry soñaba siempre, sonriendo, el semblante dichoso, imperceptiblemente mecido por el mismo aliento dulce, ofreciendo en toda su confiada desnudez, su pecho blanco y tibio, al cañón negro y frío que lo amenazaba.

Fué un minuto atroz; sentí pasar el estremecimiento de la muerte. El hombre guardaba su actitud de asesino, y el tiro no acababa de salir, Ripard lanzó un profundo suspiro, su mano vacilante bajó la pistola. Con un movimiento feroz, se volvió y se alejó del lecho. Ví entonces que tenía una palidez espantosa, sus párpados se agitaban, sacudió la cabeza como para arrojar alguna visión sangrienta. Después, sin ruido, dejó su arma sobre la mesa.

Yo no esperé más, descendí del banco, dí apresuradamente la vuelta por el corredor y desperté al vandeano que roncaba sobre su jergón. Arriesgándome á todo, le ordené forzar la cerradura, teniendo cuidado de no llamar la atención del marsellés.

El soldado sacó un gran cuchillo de su bolsa, y aunque se puso inmediatamente á la obra; ésta fué difícil y larga. Por fin la cerradura cedió, abrí bruscamente la puerta, pero me detuve en el umbral, sorprendida.

Ripard se había acostado junto á M. Henry, y con la faz tranquila, el uno al lado del otro, dormían con el mismo sueño de niño, el pecho levantado por la misma respiración lenta y dulce; con igual sonrisa en los labios....

Charles Foley.



En la Esplanada de los Inválidos.

LAS PROVINCIAS VIEJAS.

Puesto que se ha reconstruido el "Viejo París," ¿por qué cada provincia no había de estar en su reconstitución particular dentro del recinto de la actual Exposición, que tanto pertenece á la provincia como á París?

Por esta reflexión que se hizo el Comisario General, ha sido por lo que el visitante se ha visto rodeado de construcciones pintorescas que se han erguido sobre la Esplanada de los Inválidos y que han copiado su forma, su ornamentación y hasta el sistema de construcción, á monumentos locales.

La Provenza se ha remontado hasta el tiempo de los romanos, y se levanta en columnas corintias de arquitecturas desmanteladas; la Bretaña ha ido más lejos aún, en la noche de los tiempos, y exhibe un "menhir" auténtico, acompañado de todos los detalles venerables que le convienen.

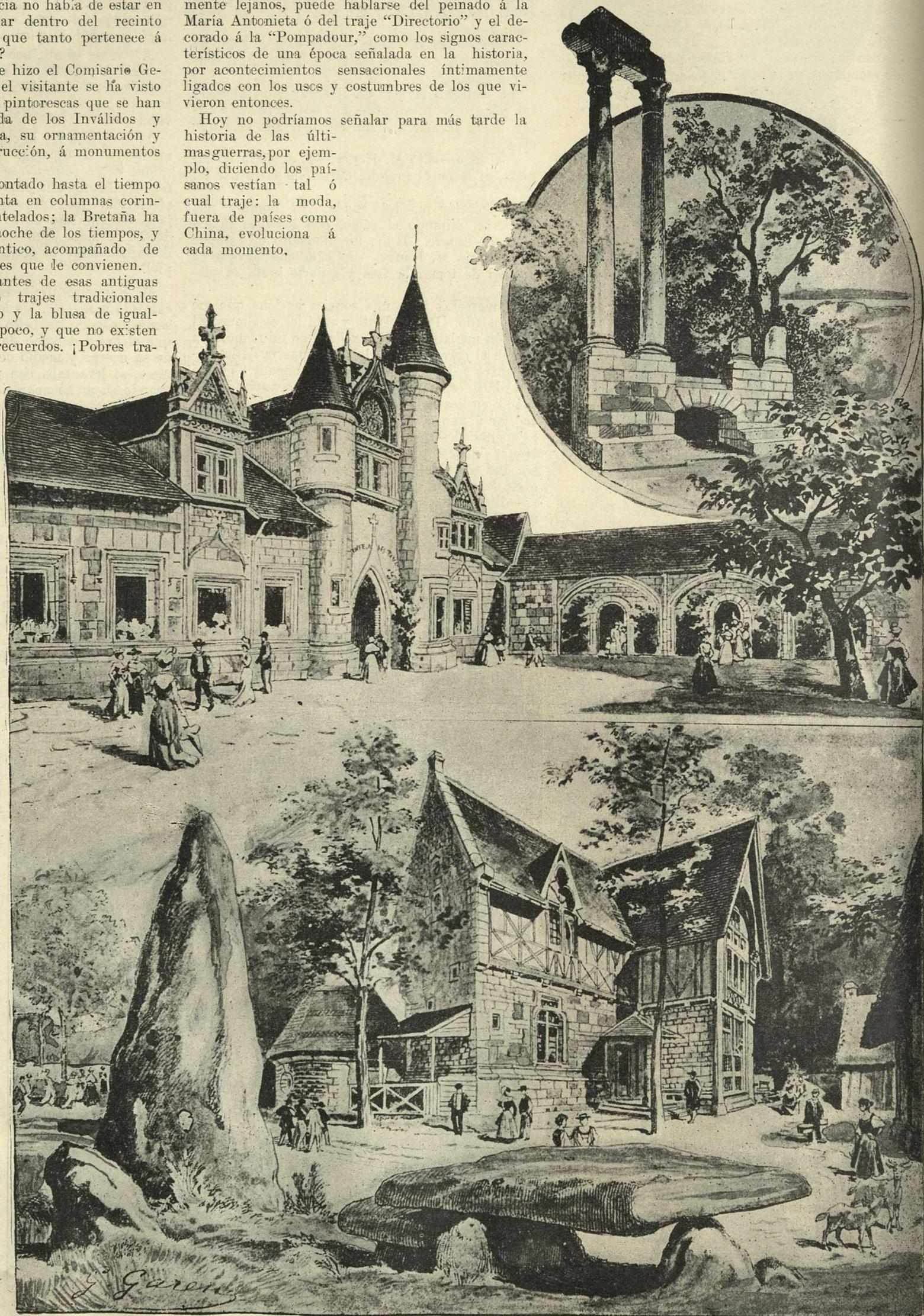
En cuanto á los habitantes de esas antiguas moradas han revestido los trajes tradicionales que el vestido democrático y la blusa de igualdad ha suplantado poco á poco, y que no existen ya, sino en el estado de recuerdos. ¡Pobres trajes nacionales! Ellos eran agradables á la vista y de formas simpáticas: se intenta, cuando, menos, conservar pladosamente su recuerdo, y los coleccionadores recojen ávidamente sus últimos restos. De esta manera, es como se perciben algunos figurines pasados de moda en las vitrinas de la Exposición centenal de trajes; en las secciones de enseñanza, se ven numerosos maniqués vestidos según los viejos usos, y reconstruidos así por las institutrices, bajo las recomendaciones del Ministerio. Hay allí, pues, preciosos documentos que ayudan á recordar la vida de aquellos pueblos.

Tiempo era de fijar estos últimos recuerdos, porque están á punto de desaparecer, los unos tras los otros, con una rapidez lamentable. Desde hace mucho tiempo, los hombres han renunciado á lo que se llama la investigación del pasado; las mujeres que habían conservado, cuando me nos, los antiguos peinados, les abandonan más y más; el espíritu de confección reina sobre el mundo entero.

Y, así, siempre bajo la influencia de la moda en el traje, cada vez más caprichosa y sujeta á evoluciones casi diarias, es ya imposible fijar para el porvenir una época determinada, partiendo de la forma de los trajes. Eso

pertenece al pasado; sólo de tiempos relativamente lejanos, puede hablarse del peinado á la María Antonieta ó del traje "Directorio" y el decorado á la "Pompadour," como los signos característicos de una época señalada en la historia, por acontecimientos sensacionales íntimamente ligados con los usos y costumbres de los que vivieron entonces.

Hoy no podríamos señalar para más tarde la historia de las últimas guerras, por ejemplo, diciendo los pañanos vestían tal ó cual traje: la moda, fuera de países como China, evoluciona á cada momento.



EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DOCTOR DON PERFECTO AMÉZQUITA.

Nota luctuosa y sensacional ha sido en los últimos días la muerte del Ilmo. Sr. Dr. Don Perfecto Amézquita, Obispo de Puebla, cuyas virtudes y sabiduría, unánimemente reconocidas, le tenían captadas grandes y respetuosas simpatías, muy especialmente entre la sociedad angelopolitana, que ha dado muestras del más grande duelo por la pérdida de su Prelado.

El Sr. Amézquita nació el año de 1835, hizo sus primeros estudios en el Seminario de León, ingresó después á la Orden de los Paulinos y previo el noviciado, recibió las órdenes sacerdotales el año 1886. En 1876 fué nombrado para servir el Curato de Guanajuato, y en 1880 fué elevado á la dignidad de Obispo de Tabasco, al frente de cuya Diócesi permaneció hasta 1897 en que fué removido á la Diócesi de Puebla.

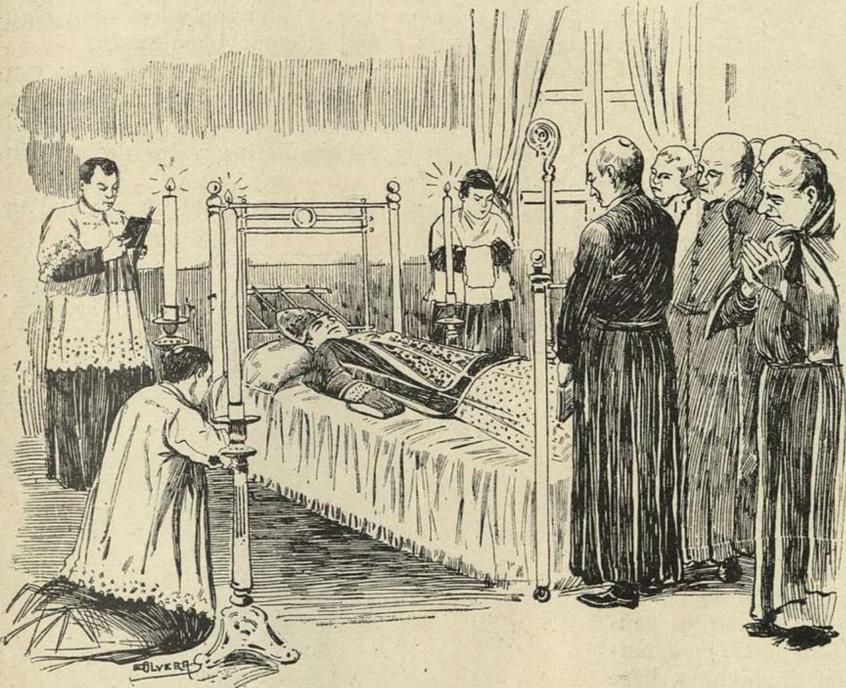
Durante toda su existencia fué muy querido el Sr. Obispo Amézquita, por sus virtudes entre las que descollaba la caridad y su anhelo por difundir la instrucción.

Su sentida muerte acaeció el día 27 del pasado Octubre y fué motivo de las más grandes demostraciones de pública condolencia. Se sabía que el ilustre Prelado había muerto en la mayor pobreza, y sin duda esto fué causa de que la Colonia francesa de Puebla, por una parte, y varios particulares por otra, solicitaran el honor de correr con los gastos de la inhumación del cadáver, proposición que el Cabildo angelopolitano agradeció, pero no creyó prudente aceptar.

El cadáver después de embalsamado, se expuso al público durante tres días, y los funerales se verificaron con toda solemnidad el día 31 del pasado en el Panteón Francés.



La Catedral de Puebla.



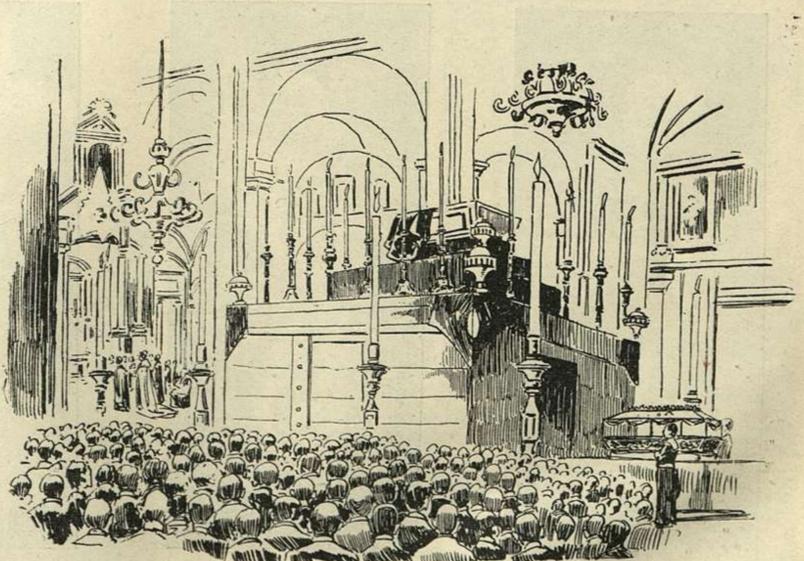
La Capilla Ardiente.—Apuntes del natural por nuestro dibujante.



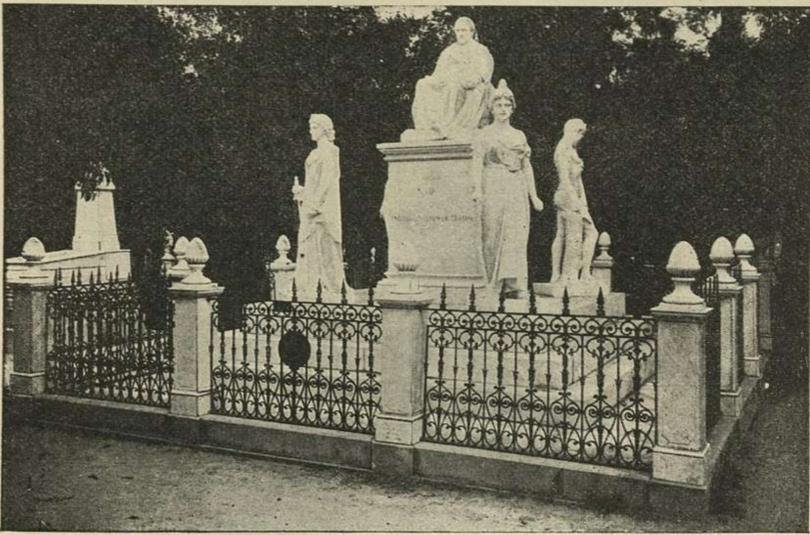
Desfile del Cortejo.—Apuntes del natural por nuestro dibujante.



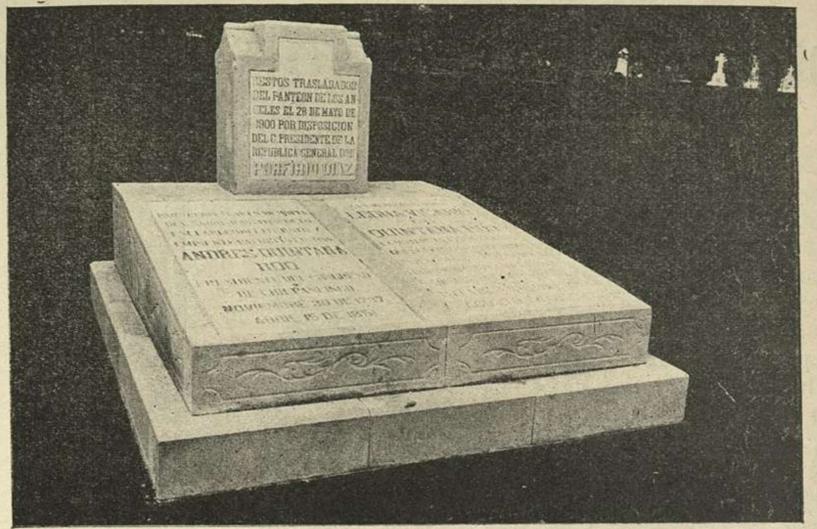
Desfile ante el cadáver.—Apuntes del natural por nuestro dibujante.



El Catafalco.—Apuntes del natural por nuestro dibujante.



Panteón de Dolores.—Monumento al Sr. Sebastián Lerdo de Tejada



Panteón de Dolores.—Monumento á Doña Leona Vicario.

EL ÚLTIMO 2 DE NOVIEMBRE.

La mayor parte de los habitantes de esta Metrópoli, siguiendo tradicional costumbre, visitaron el viernes último, las necrópolis donde duermen sueño eterno los seres más queridos.

Los sepulcros, monumentos y capillas, cubiertos de ceras y de flores, ofrecían aspecto im-

mente, y la multitud recorriendo las callejuelas formadas por los árboles de los panteones, se detenía ante las tumbas de los deudos para consagrarles un recuerdo y depositar una ofrenda, demostración del cariño que no puede destruir la muerte.

En el Panteón de Dolores fué donde concurrió mayor número de personas, entendemos que por ser el que más cadáveres guarda bajo su extenso terreno; pero también aumentó la afluencia de visitantes, el hecho de haberse inaugurado en el día á que nos referimos, el servicio eléctrico de tranvías que llegan al Panteón.

Nuestros grabados representan los más artís-

mero que llamaba la atención era el decorado severo de la capilla expiatoria, donde durante todo el día, los sacerdotes católicos estuvieron entonando responsos, y en la mañana oficiando en sufragio por los difuntos.

Entre los departamentos más adornados, era de lo mejor, la Rotonda de los Hombres Ilustres, cuyas tumbas y monumentos estaban cubiertos con multitud de coronas de avalorio, porcelana y flores naturales. En algunos monumentos el adorno se completó con haces de banderas nacionales, plegadas con crespones negros.

En el lote de los defensores de la Patria de 1846 á 1847, también se veían numerosas coronas, y en los listones que las sujetaban sentidísimas inscripciones.

Los sepulcros de Don Gabino Barreda, de los poetas Agustín F. Cuenca y Manuel Acuña, el del vate Guillermo Prieto y en general todos los del lote de primera clase, estuvieron adornados, algunos con tanta sencillez como buen gusto.

El Panteón francés también se vió muy concurrido por lo más distinguido de la colonia y las respetables familias mexicanas que han depositado en aquella necrópolis los restos de sus deudos.

En la magnífica capilla con que cuenta el Pan-

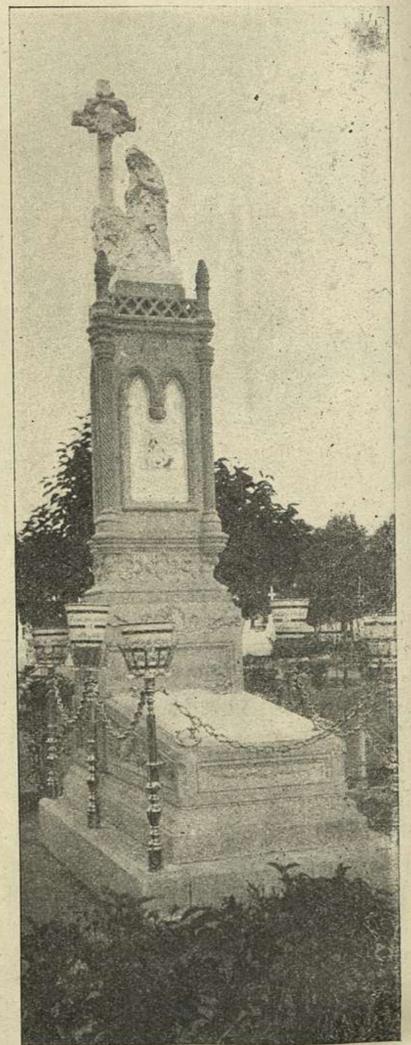


Panteón Francés. Monumento al Sr. Manuel Velasco



ticós y modernos monumentos que se han levantado en los distintos panteones, y entre los antiguos damos á la estampa el erigido sobre la tumba del Sr. Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada, tanto porque aun entre los modernos continúa siendo uno de los más notables, como porque en la publicación que de él hicimos hace algunos años, resultó imperfecto.

Al penetrar en el Panteón de Dolores, lo pri-

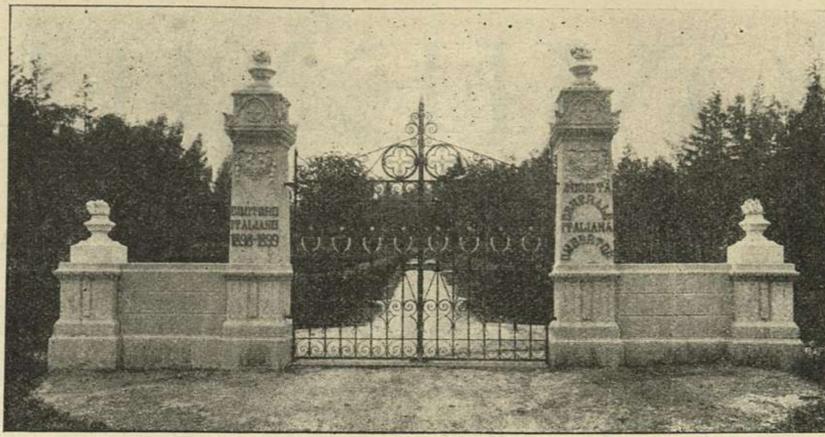


Panteón Español. Monumento al Sr. Teodoro Alanís

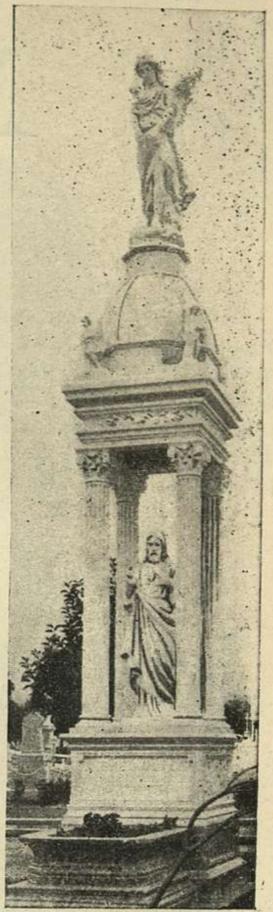




Panteón Español. Capilla de la familia Mora.



Panteón de Dolores. Lote de la Colonia Italiana.



Panteón Español. Monumento al Sr. Manuel Olage.

teón, se verificaron sin interrupción, las preces acostumbradas y casi sin excepción todos los sepulcros estaban adornados, prevaleciendo en el adorno las coronas de flores naturales, entre las cuales vimos verdaderas obras de arte.

En el humilde Panteón de la Piedad, inmediato al anterior, cambiaba el aspecto: los visitantes en su mayoría de la clase popular, se entregaban en medio de sus recuerdos a la acostumbrada verbena; pero sea por el buen servicio de la policía ó porque aunque sea paulatinamente vamos mejorando en moralidad, debemos decir que no se registraron en este año, los desórdenes y delitos de que en otros años ha dado cuenta la prensa de información.

El Panteón Español fué visitado desde las primeras horas de la mañana por infinidad de personas, y también los sepulcros estaban adornados casi en su totalidad.

Rico en ornamentación y muy visitado fué el panteón que se encuentra en las cumbres del Tepyac, donde también hay algunos muertos ilustres.

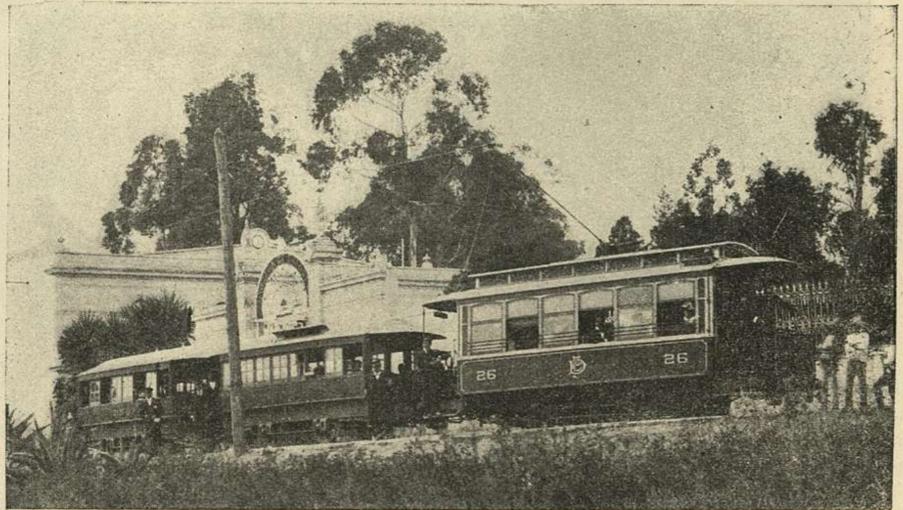
En un terreno alejado de la Villa, está el panteón general de la población, y también allí había muchas tumbas adornadas.

Aquí se tuvo especial cuidado, de que los dolientes, no introdujeran frutas ó comidas dentro del panteón, á fin de no dar el espectáculo poco edificante de ver á los vivos comiendo ó embriagándose, junto á las tumbas de los muertos.

Muy poco concurrido se veía el panteón de San Fernando. No obstante, hubo un momento, de las diez á las once de la mañana, en que se vió invadido por los curiosos que se agrupaban, la mayoría de ellos, en rededor de la tumba del gran patricio D. Benito Juárez, la mejor sin disputa, de ese panteón. Pero pasada esa hora, los pasillos se veían con poca gente; y aquí y allí, uno que otro cirio de pálida llama.

La tumba de Alejandro Garrido, es la que más adornos lucía: varias coronas de gardenias, cuatro cirios encendidos, anchas franjas de crespón. La tumba de Juan Valle, tenía una corona de siempreviva y varios cirios; y la del General Martín Carrera, una corona.

Al frente del sepulcro del vencedor de Puebla, alguien colocó una corona de laurel. Al lado, la tumba de Comonfort, lucía cuatro coronas de gardenias, una en cada esquina. Las demás, solas y tristes, sin un recuerdo; y allá en el fondo de un patio, abandonada y vacía, la que guardó los restos de Miramón.



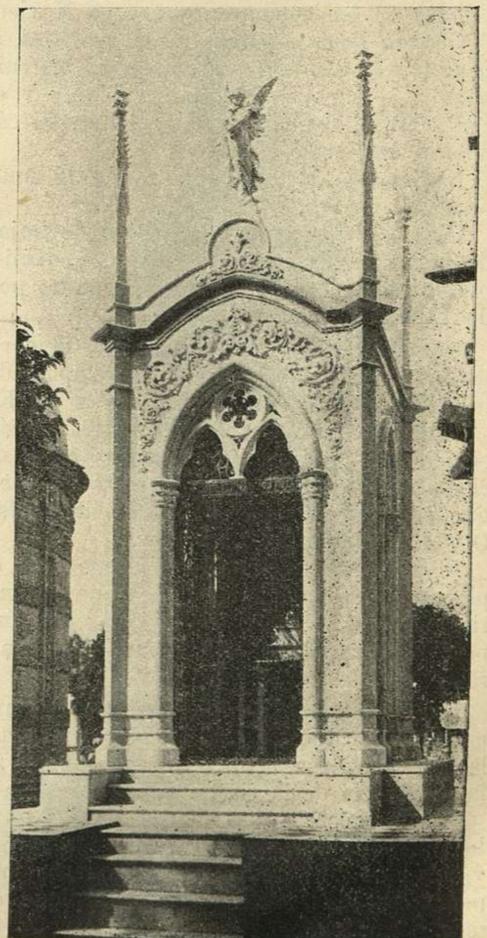
Llegada del primer tren eléctrico al Panteón de Dolores.



Panteón Español. Monumento á Don Pedro Noriega.



Panteón Español. Monumento á los Sres. José y Jaime Puig y Monmany.



Panteón Francés. Monumento á la Sra. Leonor Verdugo y Rosas.

NOVIEMBRE

ENTRE LAS TUMBAS.—HIJA Y ESPOSA.

Mañanas tristes, tardes melancólicas, soles amarillentos de enferma luz, ráfagas de viento que suspiran al pasar arrastrando las hojas muertas que fueron la pompa del Verano, nostalgias de tumbas, languideces de almas, flores de recuerdo llenas de llanto, crespones fúnebres, parpadeo doloroso de cirios, angustia infinita de

Noviembre es el mes de las lágrimas, el mes de los recuerdos.



Por las angostas veredas de los panteones, formadas con esbeltos pinos y fúnebres cipreses

da en el Ocaso, y algunos girones de sombra se iban prendiendo de los árboles de aquel silencioso paraje.

Junto á una tumba muy humilde que se acababa de cerrar y sobre la que había algunas flores sin marchitarse aún, mudos y consternados estaban dos hombres, como si esperasen que alguna voz brotada del sepulcro les dijera: "¡Adiós! ¡Dejadme sola, que la noche se acerca!"

Uno de ellos, anciano ya, permanecía sentado en el suelo en actitud conmovedora y fijos los ojos en aquella tierra ingrata que cubría para siempre el cadáver de su hija; el otro, que era joven, estaba de pie, con el semblante demudado y la cabeza baja. ¿Pensaba en algo? Tal vez no. Hay veces en que el alma, acometida por fieros dolores, se adormece y cierra sus alas; momentos que hacen traspasar á la imaginación más allá de la locura, para llevarla de nuevo al engrane de la razón.

Quizá en esa actitud, en ese silencio había encastrado el poema más dulce del adiós; adiós que traspasando los límites del sepulcro, iba á resonar en los oídos de la muerta, para volver tornado en esta palabra: ¡hasta la vista!

—¡Vámonos!—dijo de pronto el anciano levantándose,—no tardaremos en volver.. ¡adiós, hija de mi alma, corazón mío!

—Sí, vámonos,—contestó el joven, cogiendo una flor de encima del sepulcro de su esposa,—la noche del martirio nos espera.

Ambos cruzaron sollozando por las angostas veredas del panteón, mientras las sombras se prendían de los altos cipreses y las ráfagas de Noviembre entonaban el monótono "miserere" de los difuntos, al chocar contra los mausoleos.

Fernando Celada.



corazones, mejillas surcadas por las lágrimas, manos blancas de vírgenes que riegan pétalos sobre las losas de las tumbas y se oprimen castamente alzadas hacia el cielo en actitud de oración, cabezas pálidas de ancianos, reclinadas sobre los mármoles fríos envueltos en crespones, olor acre de flores de la última estación, cortadas por la mano del cariño y derramadas como un tributo en los cementerios.... es Noviembre.

Cuando llega este mes de melancolías, el alma pensativa se sienta á contemplar en las ruinas del pasado, el silencio de las eternidades y el corazón sobrecogido de angustia, golpea su cárcel de dolores con acelerados ecos.

Noviembre es la semblanza de la muerte en presencia de la vida.

Pasa envuelto en un torbellino de hojas secas, de lianas marchitas, de perfumes débiles y de plumas de nidos, arrancadas del manto policromo de Filomela.

Hace llorar con su aliento frío el cordaje de los árboles enfermos, que como empolvadas liras les dicen adiós á las risueñas tardes del Estío.

Parvadas de tórtolas silvestres, vestidas de cenicientas plumas, bajan de las cañadas silenciosas á picotear el amarillo rastrojo, que en pequeños haces, cayó segado por las ráfagas de Otoño, en los angostos surcos.

El perezoso buey, que se detiene para contemplar las sombras de las nubes que pasan por la tierra, bajo la ardiente resolana, destroza á su paso los varejones del "acahuatl," llenos de flores amarillas.

Las tórtolas saltan de uno á otro surco, haciendo un ruido de alas que imita el fru-frú de la seda, y los insectos, cantan con agudo zumbido la indolencia de la siesta.

Los arroyos, cuyas aguas turbias y polvosas han disminuido, parecen detener sus corrientes, y una que otra onda, va á romperse contra los pedruscos, vistiéndolos de un salpique de espumas.

que elevan sus copas al cielo, cruzan enlutados cortejos de sérs tristes, que van buscando entre los húmedos camellones el pedacito de tierra bajo el cual duermen el sueño eterno los que en la cárcel de la vida, sacramentaron con ellos sus afecciones íntimas.

Las tumbas están de luto y las almas oprimidas bajo el peso de la desolación.

Por aquí se ve á una enlutada orar de rodillas cerca del sepulcro de su esposo y enjugarse las lágrimas con el blanco pañuelo; en esa otra tumba sembrada de siempre-vivas y margaritas, está un joven pálido, apoyada la cabeza en las manos y con la mirada fija en el lugar que guarda los despojos de la que fué la compañera de su vida; más allá á un triste anciano que corta el pábilo de los cirios con su mano trémula y recoge las gotas de cera que caen como lágrimas congeladas sobre los blandones. Este sér no tiene familia; todos los suyos duermen en el seno de la muerte.

¿Y las tumbas de los pobres?..... ¡ah!..... ¡para ellos no hay más que lágrimas, lágrimas arrancadas de los corazones que los aman!

Un hombre pensativo busca con ávidos ojos, entre ese hacinamiento de tumbas anónimas, el sepulcro de un hijo que era su corazón, y no hallándolo, riega las flores de su ternura sobre todas ellas. La coquita que mora en ese recinto, con gemidora voz parece decirle: gracias.



Oprimido el corazón por la angustia y llenos los ojos de lágrimas, buscaba la otra tarde con paso lento, la ignorada tumba de un sér amado por mí, á quien debo una profunda gratitud. A mi paso encontraba semblantes pálidos, ojos llorosos, ojeras azules y cabezas pensativas.

De pronto me detuve á contemplar una escena muda que consternó mi espíritu.

La luz de la tarde comenzaba á caer desfalleci-



EXPOSICIÓN DE PARÍS.

CASA ED. PINAUD.

Uno de los más encantadores atractivos de la Sección de Perfumería en la Exposición de 1900, fué, seguramente, el Museo Centennial de la Perfumería, organizado por la casa PINAUD.

Esta casa, que ya había obtenido un GRAN PREMIO en la Exposición de 1889, figuró esta vez FUERA DE CONCURSO; su Jefe fué nombrado miembro de la Comisión de admisión é instalación, y además de esto, miembro del Jurado de los Premios.

Estas distinciones no extrañarán á nadie en el público mexicano, que conoce tan generalmente y aprecia á tan justo título, la afamada marca de Perfumería PINAUD.

TIPOS EXOTICOS.

EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS.

Antes de que la Exposición de París se hubiera visto invadida por esas largas caravanas de extranjeros que andaban con el cuello tendido, activos y ávidos de ver; antes de que todos esos buenos burgueses de rostros alegres y sorprendidos



Indígenas de Hanói (Tonkin.)

hubieran esparcido un poco por doquiera los papeles grasosos de sus frugales almuerzos, había, en aquel vasto recinto, en que se agita ahora una muchedumbre inquieta, abigarrada, cubierta de polvo y ruidosa, instantes verdaderamente llenos de sorpresas y de encanto. Antes de ese período de fiebre, que es uno de los caracteres de una exposición que ha tenido éxito, hubo un período de preparación más íntimo, en que el paseante se veía más a sus anchas, y en el que que el paseo cómodo y sin obstáculos era aún posible: era éste el momento en que, á través de los árboles, revestidos apenas de la primavera, se veía salir de la tierra la bizarra arquitectura de los palacios: el recibimiento que se encontraba de parte de los expositores y de los "desgraciados concesionarios" llenos aún de esperanza y de ilusiones, era muy afable y cordial. Los que han visto bien los objetos expuestos, los han visto en esa época: entre las cajas medio abiertas, entre las hebras de heno de los empaques y los papeles de seda arrugados, se podían admirar de cerca las lacas de la China, las delicadas estatuillas de Sajonia, todos esos bibelots llenos de finura que se perciben

ahora apenas de lejos, perdidos entre el polvo y en el ruido.

Todos se apresuraron entonces, deseosos de estar listos el día de la apertura, trabajando con amor para preparar una instalación que hacía entonces su orgullo y que es ahora conocida hasta la saciedad: no se hubiera hecho, ni á cambio de un imperio, dejar á los expositores la sección de que ahora se escapan bajo cualquier pretexto, felices de disfrutar de un momento de reposo.

Esta asiduidad, tenía un excelente aspecto, bajó el punto de vista pintoresco: dejaba á todos aquellos indígenas, idos á París, de los cuatro rincones del universo, ese carácter particular y tan delicado, esa especie de perfume de exotismo tan ligero, que se va pronto al contacto de una civilización diferente, como la cáscara de las frutas maduras.

Los indígenas que, entonces, parecían exteriorizarse más y haber continuado más "allá," eran, ciertamente, los Tonkineses. Permanecían horas



Una mujer de Argel.

enteras, en cuclillas, pintando, con una lentitud y una minuciosidad enteramente orientales, complicados réclames á la puerta de sus puestos: atentos, como un niño aplicado, siguiendo las curvas trazadas por el pincel que cargaban de tinta de tiempo en tiempo, sin levantar los ojos de su labor, representaban los combates terribles de un genio de cráneo descubierto, de larga barba negra; cuando terminaban, contemplaban un instante aquella escena trágica con una mirada llena de ensueño, y se volvían hacia el visitante, que, silencioso, les había seguido en la creación



Albanais.

de aquella imagen, descubriendo sus dientes lacados de esmalte, en una sonrisa de satisfacción no disimulada. La pequeña hija, Tan, con su impaciente actividad y sorprendida del nuevo decorado que le rodeaba, discurría al rededor de su padre, y se atrevía poco á poco, hasta tocar el bastón del visitante absorto en ver el trabajo del pintor: si, por azar, se sentía observada, levantaba sus pequeños ojillos maliciosos, corriendo después á arrugar su turbante azul contra el seno de su madre, ocupada en otra tarea. Los hombres son tímidos, poco habladores; sus mujeres parecen más bien su bestia de carga, que su compañera.

Igualmente las Chinas, que en su país son por lo general tratadas sin miramiento y casi sin consideración, se encontraban allí enteramente sorprendidas de verse, siendo objeto de atenciones y de delicadezas de todas clases: aquella amenidad no les dejaba, por otra parte, enteramente tranquilas, y era verdaderamente curioso verlas saltar



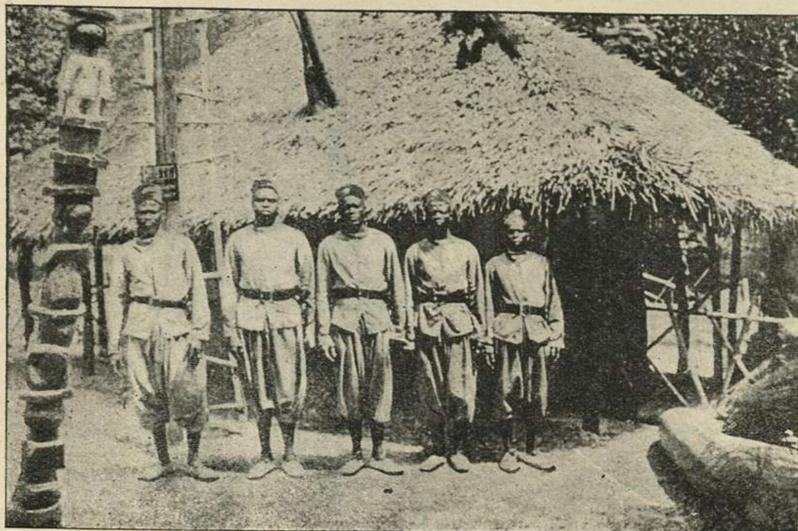
Un egipcio y una mujer del Sudan.



Señorita japonesa.



Joven chino.



Soldados de Dahomey.



Una estudiantina española.

sobre sus pies pequeños y contrahechos entre las masas del restaurant, apoyándose ligeramente en el montante de una puerta, en el respaldo de un sillón ó en la espalda de un parroquiano á quien conocían como muy dulce: tenían algo del aire de pájaros curiosos y asustadizos, adelantándose con gestos mudos y huyendo temerosas, si se hablaba alto delante de ellas, ó se hacía un gesto brusco.

Las comidas de los sirvientes chinos presentaban un rincón de exotismo verdaderamente curioso, cuando, sin acostumbrarse aún al confort de un servicio á la europea, comían todos sentados al rededor de una misma mesa, pinchando con destreza por el extremo de sus bastoncillos el arroz en agua, ó los pequeños trozos de carne, en los platillos dispuestos entre ellos. Al lado de los chinos de una clase inferior, había otros más ilustrados, discípulos, en su mayor parte, de las escuelas de los misioneros, establecidos comerciantes ó ejerciendo cualquiera profesión libre: uno de ellos, por ejemplo, acompañado de su hijo, joven mozo, de rostro inteligente y alerta, sirviendo de intérprete al almirante Courbet, contando con verdadero orgullo sus relaciones con el glorioso marino francés.

Pero sí es relativamente fácil evocar los países lejanos, conversando con los asiáticos más rebeldes á la civilización y más fuertemente imbuídos de las tradiciones, de las ideas, de las costumbres de sus antepasados, la ilusión es imposible y se hace nula en aquella otra parte de la Exposición consagrada á las exhibiciones de los argelinos, de

los tunecinos, de los egipcios más ó menos auténticos. La exposición de 1889, con su calle del Cairo, de ruidosa memoria, ha arrojado, en efecto, el más absoluto descrédito sobre esa categoría de indígenas: por otra parte, se ha visto nacer en provincias, en París y aun en el extranjero, establecimientos de más ó menos categoría, que han matado todo lo que podían tener de interesantes las danzas de aquellos países. No se en-

Exposición, arrastran sus sandalias por todas partes.

Entre los niños, que representan ciertamente la parte más graciosa de la Exposición actual, hay uno particularmente hermoso, hacia el cual se vuelven todos los ojos de las madres al descender de las pendientes del Trocadero en medio de la troupe de los actores Indo-chinos, señores de dinero y vestidos con trajes sonoros: es éste Winkah, el de los grandes ojos aterciopelados, tan dulces! Tiene siete años y toca el tamboril mientras que la pequeña Cléo de Meróde inclina graciosamente su pequeña cabeza fina, bajo el alto peinado puntiagudo y hace ondular su flexible talle en el corselete de metal, en que se apoyan sus dos manos afiladas: es curioso entonces comparar los ojos de la danzante, velados de languidez, con los ojos enteramente abiertos del joven Indio.

En otro lugar, al compás de panderos y al claqueteo de las castañuelas, se agita una danza española, una pareja de Majos, que agitan los brazos armoniosamente y llegan aun á acompañarse ellos mismos, al son de alguna entusiasta canción.

Si es posible recorrer en unas cuantas horas todos los países del mundo, de antípoda á antípoda, la presente Exposición ha realizado este sortilegio, trayendo el colorido y carácter de las naciones más lejanas.



Indígenas del Senegal.

cuentra, en todos estos restaurants ó cafés moros, sino espectáculos de fiestas foráneas ó "music-halls" de provincia. De la misma manera, entre los mercaderes, no se encuentran, salvo raras excepciones, sino estas figuras de judíos con turbantes, que todo el año y fuera de los tiempos de la



Hombre del Cáucaso.



Ballarines españoles.



Mujer del Cantón de Scheuitz.

LA DIVA.

I

Aquella escena, presenciada por el pobre muchacho desde un rincón del saloncillo como un curioso, ni siquiera como un comparsa en el coro de elegantes que rodeaban á la diva, él, que tenía por derecho propio opción á un primer puesto; aquel acto de la petición á sus apasionados y adoradores de una limosna para los pobres

habían encontrado en su corazón el eco tierno de entonces.

Por el pronto sólo había conseguido una promesa. Ella seguía queriéndole; esperaría á que se labrara una posición. Como él, creía en el porvenir. Cuando el joven, en un día de su santo, la regaló una cajita de cedro de fina labor Renacimiento, que la diva destinó desde luego á

ble. Prendas de ropa sacadas sin duda para llevarse, abandonadas después; cajones entreabiertos. La mesa de escribir, un lindo mueble barroco, tenía la llave puesta. ¡Abandono terrible en la precipitación de la marcha! Con mano impaciente alzó la tapa en forma de pupitre, y apareció ante sus ojos lo primero su cajita Renacimiento, regalada en una fecha dichosa. Ya sabía que encerraba sus cartas. La abrió, sin embargo, maquinalmente, y en el acto se persuadió de que no era de su letra ni de su papel el paquetito, liado con una cinta grana.

¡Oh, Dios mío! Leyó una carta, y pálido, con ojos de loco, se quedó un instante convertido en una estatua, dudando de la veracidad de sus pupilas. Después tomó otra, y una segunda luego, y fué devorándolas todas. Cuando concluyó, sentía en su sér entero algo parecido á la muerte. Era una correspondencia amorosa, sostenida con un gran duque ruso. Las primeras epístolas tenían fecha de dos años atrás, las últimas muy reciente. En éstas el ausente la llamaba con un grito de pasión: “¡Ven, ó me muero!” ¡Ah, la perjuración! ¡Y le había escuchado á él á la vez, haciendo florecer sus ilusiones, puras flores de azahar destinadas á secarse en seguida! ¿Por qué mentirle? ¿Por qué no confesarle la verdad? Escuchó ruido de pasos á sus espaldas. Guardó las cartas, cerró la mesa, y la cocinera apareció en la estancia, dándole un sobre dejado por la señorita antes de irse. Allí estaba la confesión escueta, casi borrada por las lágrimas; la petición desesperada de perdón por no haberle declarado que no le pertenecía; la noticia de que marchaba á Moscou á desposarse con un oficial de la guardia, á quien idolatraba, y al que debía palabra de matrimonio. El pobre tallista acabó la lectura y permaneció desolado y sin aliento. La tarde declaración caía sobre su cabeza como el rayo, que no es esperado nunca y mata de improviso.

III

Amaneció muerto en su cama, estrechando una cajita de finas molduras contra su pecho. El láudano recetado por el médico estaba apurado de una vez. La patrona fué la que se le encontró así á los tres días de enfermedad. Sobre la mesa de noche hallaron una carta escrita, en la que sólo se leían estas palabras como explicación del suicidio:

“No puedo resistir á un desengaño. ¡Se resigna uno cuando despierta de un sueño; pero no cuando cae de él!”

Alfonso Pérez Nieva



labriegos arrollados por la inundación—una catástrofe completa, varias aldeas deshechas, una vega convertida en un pantano, quién sabe los ahogados,—tuvo el valor de una revelación para el artista, fué un relámpago que ilumina un abismo de pronto en la noche oscura.

Todo el mundo sabía que la diva se retiraba de la escena, del teatro, que casaba con aquel paisano suyo, un tallista de gran porvenir, un Beruguete presunto, como le llamaba el cronista de un periódico diario. Cuando se presentó ante los abonados, la mano tendida, con su figura suave y gallarda, la exclamación general estalló: “¡Usted no podía despedirse de otro modo: ejerciendo la caridad! ¡El hada de la compasión!” “¿Con que definitivamente deja usted huérfano el arte? ¡La estrella más brillante del cielo lírico, que palidece!” Y ella respondía sonriendo, con cierta melancolía en el acento: “¡Oh, sí! ¡Me retiro á mi casita! ¡La gloria es un sol que alumbra, pero no calienta, y que da frío al fin!....”

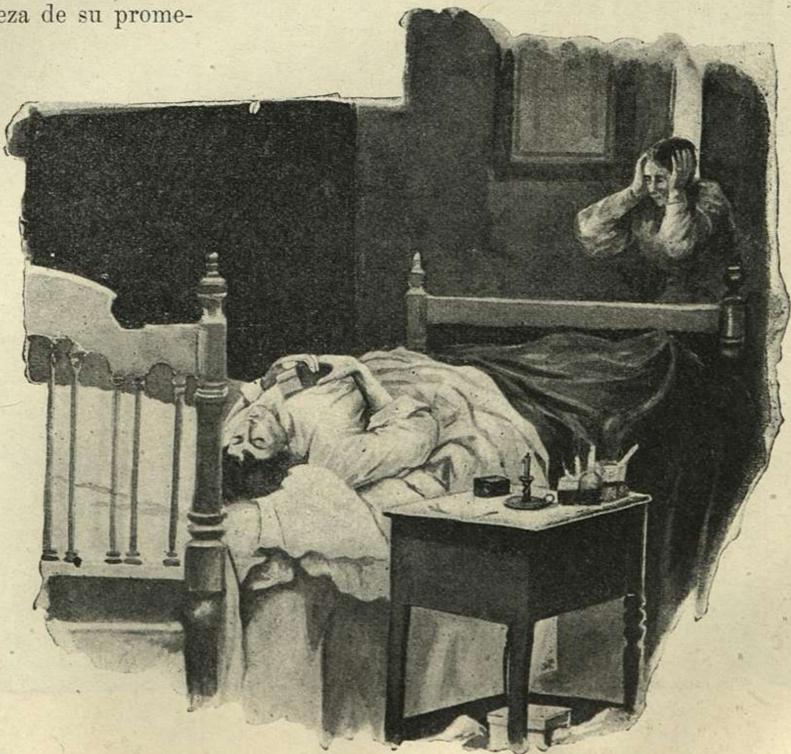
Al joven no escapó este dejo de tristeza, pero tenía la palabra solemne de la diva, recordaba la convicción firme de su promesa. El poseía fe en el porvenir; con el buril en la mano sentíase capaz de crearse una posición; trabajaría para los dos, abríase camino. Ella no necesitaba seguir cantando, perteneciendo al público, en una existencia tan agitada y turbulenta. La tranquilidad del hogar, el amor satisfecho en un rincón, valen más que los aplausos de los “dilettanti” en masa arrebatados por el entusiasmo. Pronto iba á realizar su ilusión suprema, acariciada desde los días tristes en que, alejada de la ciudad natal por consejos de un profesor de música apasionado de su voz y augurador de un futuro de riqueza, seguía su carrera artística por los telegramas transmitidos á los periódicos de la localidad. Por fortuna, había hallado á su antigua novia propicia á sus proyectos; sus frases desoladas de cariño

santuario de sus cartas, le auguró triunfos brillantes en su carrera cuando fuera conocido. Al cabo, mostrada alguna otra obra á sus adoradores, recibió un encargo de sillería en la que hizo maravillas. Llegó así á poder reunir algunos miles de reales. Pero á cada indicación suya, la diva oponía una dulce resistencia. Todavía era pronto. Nada de construir sobre arena movediza.

El plazo de la formal palabra impúsose al fin, y llegó aquella noche de la petición de limosna para los inundados. “¡Esa es la nostalgia del teatro, que desaparecerá con el tiempo!” pensó el tallista procurando deglutir la mala impresión causada en su ánimo por la tristeza de su promesa.

II

El descubrimiento resultó brutal, de golpe, bruscamente, un hachazo. Fué á los dos días de la petición de limosna para los inundados á casa de la diva, á aquel piso que parecía un museo, tan lleno de preciosidades; le abrió la puerta la cocinera, que quiso decirle algo balbuceando, y á la que no escuchó; y como siempre hacía, entróse derecho al saloncillo de música. Apenas pisó el mosaico de su pavimento, se detuvo estupefacto. Se advertía allí una fuga, una huída, un viaje apresurado. Sobre un sillón había quedado olvidada una guía. Del musiquero faltaban las partituras que habitualmente contenía. Trémulo penetró en el cuarto tocador. Allí la ausencia era más visi-





ENSEÑANZA.

Cuadro de B. Oliver.